

Dexemos pues delirar á estos impios, que por poner á cubierto la relaxacion de sus costumbres y desarreglo de sus pasiones favorítas, han dicho en su corazon ingrato: *no hay Dios*; contra los testimonios irrefragables de todas las naciones, de sus propios sentidos, del remordimiento de sus conciencias y de la voz misma de la naturaleza, que publica la gloria de su Hacedor; y adoremos nosotros en espíritu y verdad una primera causa de todos los seres visibles é invisibles; un Dios único, inmenso, libre, infinito, independiente; que nos crió á su imágen y semejanza, en cuya virtud nos movemos, vivimos y somos; que lo dirige todo con suavidad y fortaleza á sus eternos designios, y á quien invocamos con el dulce nombre de *Padre*. Pero de todas estas verdades y demas contenidas en el símbolo de nuestra fe, os hablaré por su órden en las siguientes pláticas.



PLÁTICA IV.

EXPLICACION DE ESTAS PALABRAS DEL
SÍMBOLO: CREO EN DIOS PADRE
TODOPODEROSO.

SEÑORES:

Por dos justos é inefables títulos somos obligados á confesar é invocar á Dios por *Padre*. En primer lugar, porque es Padre natural del Verbo eterno, á quien engendra de su propia substancia por toda la eternidad; y en segundo, porque habiendo tomado este Verbo divino nuestra humana naturaleza, por obra del Espíritu Santo en el seno virginal de una Virgen, para redimirnos del pecado, nos adoptó misericordiosamente por sus hijos,

como á hermanos y miembros de Jesucristo su unigénito, elevándonos en calidad de fieles cristianos á coherederos de su reino inmortal. Títulos augustos, que jamas debeis perder de vista para reanimar vuestra fe y arreglar vuestras costumbres. Prestadme por un rato toda vuestra atencion, mientras os instruyo en estas verdades dogmáticas, fundamento de nuestra religion.

I. Por lo que hace á la generacion eterna de Jesucristo, Verbo é Hijo natural de nuestro Padre Dios, la anunció el real Profeta en su salmo, cuando hablando de Cristo Redentor del mundo, pronunció estas sublimes palabras: *dixo el Señor á mi Señor, siéntate á mi diestra.... Hoy antes de la aurora te he engendrado*; es decir, en la eternidad, segun todos los padres y expositores. Testimonio irrecusable de la incompreheñsible fecundidad, por la cual Dios es naturalmente Padre,

y produce por generacion un Verbo, un Hijo eterno, omnipotente, inmenso, consubstancial al Padre, y único Dios con el Padre y el Espíritu Santo, en unidad de Esencia y Trinidad de Personas.

La inteligencia de este inefable misterio, oculto á la mayor parte de los judíos por su inclinacion á la idolatría y politeismo, la reservó el Señor á los fieles de la nueva alianza ó cristianismo; y para manifestar la divinidad de Jesucristo hizo resonar solemnemente su voz sobre las márgenes del Jordán cuando S. Juan lo bautizaba, diciendo: *este es mi Hijo muy amado, en quien yo me he complacido*. Testimonio irrefragable, que repitió el Padre Eterno cuando sobre el Tabór, y á presencia de Moisés, Elías, Pedro, Juan y Santiago se transformó Jesucristo, por estas sublimes palabras: *este es mi Hijo amado; oidlo*.

Mas aunque el Verbo encarnado

no necesitaba de este testimonio para acreditar su filiacion divina, por que sus obras mismas eran suficiente prueba, como observa un sabio controversista; sin embargo, desde su bautismo en el Jordán no habló de Dios sino baxo el nombre de *Padre*. Fue su Padre quien reveló á San Pedro que Cristo era Hijo de Dios vivo. Fue su Padre quien le dió todas las cosas de este mundo. Es con su Padre con quien no cesa de obrar. Es su Padre quien de nadie es conocido sino del Hijo, ó de aquellos á quienes se ha dignado revelarse. Es la voluntad de su Padre la que ha venido á cumplir sobre la tierra. Es á su Padre á quien clama por el perdon de los que lo estan crucificando y por el desamparo en que se halla. Es finalmente en las manos de su Padre en las que entrega su espíritu.

II. Esta divina filiacion es para los cristianos muy gloriosa, por cuan-

to participamos de ella; aunque con la notable diferencia, que Jesucristo es Hijo de Dios por naturaleza, y nosotros lo somos únicamente por su adopcion misericordiosa. ¡Religion augusta, religion santa, religion única! ¡qué nuevo, qué incompreensible prodigio presentais en esta parte á los ojos de nuestra fe! ¿Quién pudiera jamas concebir ni imaginar, que el hombre, este vil gusano de la tierra, cubierto desde su origen de la lepra del pecado, enemigo de Dios, esclavo del demonio, y adicto á una pena eterna, pudiera venir á ser elevado á la altísima dignidad de hijo de Dios y heredero de su reino inmortal? Sin embargo la fe de la Iglesia nos enseña que lo somos por regeneracion en el santo sacramento del bautismo. Dignidad altísima, exclama un varon ascético, que ni podemos comprender, ni dudar de ella.

En efecto Jesucristo promete á

los que cumplieren la ley del evangelio que serán hijos del Padre que está en los cielos; y ordenó á sus discípulos, y en ellos á todos nosotros, que para invocar al Señor empecemos por estas palabras: *Padre nuestro, que estás en los cielos*; para darnos á entender que portándonos como hijos, le invoquemos con sinceridad y veneracion como á Padre, y le pidamos llenos de confianza para ser oídos del Todopoderoso, el mas tierno, el mas amoroso de todos los padres. Formad idea de su carácter de bondad y amor por el testimonio irrefragable que nos dió por S. Juan poco antes de ser entregado al poder de sus enemigos y á la justicia de su Eterno Padre.

“Padre mio, dice, la hora es llegada, glorifica á tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique.... No os ruego solamente por mis apóstoles, sino tambien por aquellos que han

de creer en mí por la palabra de ellos, para que sean todos una cosa, asi como tú, Padre, en mí, y yo en ti, que tambien sean ellos una cosa en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste. Yo les he dado (por adopcion) la gloria que tú me diste (por naturaleza), para que sean una cosa, como tambien nosotros somos una cosa. Yo en ellos, y tú en mí, para que sean consumados en una cosa, y que conozca el mundo que tú me has enviado, y que los has amado, como tambien me amaste á mí. Padre, quiero que aquellos que tú me diste esten conmigo en donde yo estoy, para que vean mi gloria, que tú me diste; porque tú me has amado antes de la creacion del mundo.” ; A qué grado de dignidad, señores, no nos eleva el carácter de hijos de Dios que recibimos en el sacramento de nuestra regeneracion espiritual!

Abrid esos libros santos, depósito

de las verdades del Eterno, y hallaréis que el mismo Jesucristo no se desdeña de llamarnos hermanos. Id, dixo á las mugeres que fueron á visitar su sepulcro cuando habia ya resucitado, decid á mis hermanos que vayan á Galilea, y allí me verán. Ademas, explicando el Apóstol el misterio de nuestra dignidad de hijos de Dios, nos la hace ver en la eleccion eterna de los santos; por la cual ha predestinado el Señor á los que ha querido, para hacerlos conformes á la imágen de su Hijo, á fin de que sea el primogénito entre muchos hermanos; y hablando á los fieles de Éfeso, les dice: Dios nos ha elegido en Jesucristo antes de la creacion del mundo, por el amor que nos ha tenido, para que fuesemos santos é inmaculados en su presencia por la caridad; el cual nos predestinó, adoptándonos por hijos por medio de Jesucristo, segun el propósito de su voluntad.

Para formar idea justa de la dignidad y alteza de nuestra adopcion filial, oigamos lo que sobre ella consta de la carta del Apóstol á su discípulo Tito. "Dios, dice, nos ha salvado por el agua de la regeneracion y por la renovacion que el Espíritu Santo ha hecho en nosotros, siendo derramada por nuestro Señor Jesucristo con una rica efusion, para que justificados por su gracia, viniésemos á ser herederos de la vida eterna." Reconoced pues, cristianos, vuestra dignidad, os ruego con S. Leon. Dios por medio del bautismo nos ha separado de la masa de perdicion. Somos ya hijos de Dios por la fe de Jesucristo, de la cual nos hemos revestido en el sacramento de nuestra regeneracion; no hay ya distincion entre el judío y el griego, dice S. Pablo, entre el libre y el esclavo, entre el hombre y la muger; pues todos somos una misma cosa en Jesucristo. Con el precio in-

finito de su sangre nos ha hecho hermanos suyos, miembros de su cuerpo místico. Con la fe nos ha comunicado el poder y los medios de llegar á ser hijos de Dios y coherederos de su gloria.

Notad de paso que á esta grande obra de nuestra filiacion concurre toda la beatísima Trinidad. Es en efecto el Espíritu Santo el que nos comunica estos dones. En el bautismo, dice un sabio, nos señala con el carácter de la adopcion, que es el gaje de las promesas hechas á sus escogidos. Consagrando nuestros miembros, los hace templos vivos de su divina habitacion. Para que conservemos la santidad socorre nuestra flaqueza. Como no sabemos pedir á Dios, orando como se debe, ora en nosotros con gemidos inenarrables. Por él hemos recibido el carácter de hijos adoptivos, y por él clamamos á Dios: ¡Padre mio! ¡Padre mio! Reconoced pues la dignidad

de hijos de Dios y la santidad del estado á que habeis sido elevados, y temed no caigais de él por medio de una vida anticristiana, que os haga volver á la masa de perdicion.

En los títulos de esta adopcion se contiene asimismo el de templos del Espíritu Santo. Procurad conservar esta altísima dignidad. No lo contristeis, como os amonesta el Apóstol; es decir, no le hagais retirar su gracia de vosotros en castigo de vuestros pecados: conservad con cuidado siempre nuevo los frutos de esta adopcion, que son la caridad, el gozo, la paz, la paciencia, la mansedumbre, la perseverancia, la bondad, la dulzura, la fe, la modestia, la continencia y la castidad. Asi marcharéis por las sendas de la justificacion, y avanzando cada dia de claridad en claridad, acreditaréis que sois hijos de Dios por vuestra obediencia á sus leyes,

y os haréis coherederos de Jesucristo, con opcion á su gloria.

Resta para conclusion de esta plática deciros cuatro palabras acerca de la expresion *Todopoderoso*. Dios lo es en efecto, ya se atienda á la creacion y conservacion de los seres visibles y corporales, ya á sus eternos designios sobre los espirituales. Abrid el libro del Génesis, y hallaréis que en el principio de todas las cosas dixo Dios: hágase la luz; extiéndanse los cielos; júntense las aguas, y enciérrense en el abismo de los mares; adquieran firmeza los continentes; produzca la tierra plantas y frutos; presidan los astros brillantes uno al dia y otro á la noche; puéblense los aires de aves, y de peces el mar, y de diversos animales las campiñas. En seguida dixo: hagamos al hombre á nuestra imágen y semejanza, para que presida á los vivientes subalternos, y goce de los bienes de la naturaleza.

Hé aqui á todos los seres salidos de la boca del Criador con una sola palabra. ¿No es este un testimonio irrecusable de su omnipotencia? ¿No es un argumento ineluctable de nuestra esencial dependencia? ¿No es necesario que el Señor por su omnipotente providencia nos conserve y nos sostenga por la misma virtud que nos dió la existencia? ¡Ah! Si por un solo instante no nos conservase su mano benéfica, en aquel mismo punto seriamos reducidos á la nada, de donde salimos.

Y si en calidad de omnipotente obra como Soberano árbitro de la naturaleza visible, ¿le negaríamos el absoluto dominio sobre el corazon del hombre para mudarle, para vencer la oposicion que tiene al bien, para convertirlo y hacerle marchar por las sendas de la justificacion? Disputar á Dios este derecho, seria quererle privar de la parte mas preciosa y esencial de su omnipoten-

cia y supremo dominio. El poder pues que exerce sobre nuestras almas debe animar nuestra esperanza, y exíge nuestras adoraciones. Señor, decia David, vos me habeis librado del abismo y del fango en que estaba precipitado. Vos me habeis sacado, perdonándome mi delito. La mano del Altísimo ha obrado en mí esta maravilla. "Es el Señor, dice el Apóstol, quien obra nuestra salud: nosotros somos hechura suya, criados en Jesucristo para buenas obras, las que Dios preparó para que anduviesemos en ellas. No somos capaces de tener pensamiento alguno bueno como de nosotros mismos. Pero Dios nos hace capaces, y es el que obra en nosotros, así el querer como el executar, según su buena voluntad. El que ha empezado el bien en nosotros, no dexará de perfeccionarlo hasta el día de Jesucristo." Adoremus pues en espíritu y verdad á nuestro Pa-

dre Dios, á cuya omnipotencia debemos nuestro sér, y de quien únicamente debemos esperar nuestra eterna felicidad.





PLÁTICA V.

EXPLICACION DE LAS PALABRAS DEL
SÍMBOLO: CRIADOR DEL CIELO Y DE
LA TIERRA, Y DE LAS COSAS VISI-
BLES É INVISIBLES.

SEÑORES:

Toda la naturaleza nos convida y estimula á que ensalcemos y glorifiquemos á su Autor. Las maravillas sin número que el universo manifiesta, proclaman por sí mismas ser obra de un eterno y benéfico Criador. Apenas abrimos el primero de los libros canónicos, hallamos á su frente estas notables palabras: *en el principio crió Dios el cielo y la tierra.* En seguida nos dice el Espíritu Santo, autor de estos li-

bros, que de la materia que Dios produjo de la nada formó la luz, el firmamento, los mares, las plantas que debian existir en la naturaleza, los astros que hermocean el cielo é iluminan la tierra, los peces y las aves que viven sobre el continente; al hombre en fin, formado á su imágen y semejanza; cuyas obras todas, como salidas de su mano omnipotente, las declaró perfectas.

Avergonzaos pues, espíritus incrédulos, astros errantes de una vana filosofia, que osais blasfemar lo que ignorais, y dexad de preguntar con los maniquéos: ¿de qué sirven en el mundo tantos animales, insectos y reptiles nocivos? Dexad esos discursos impios, con que blasfemais, como malo y contrario á la belleza del universo, todo lo que os incomoda. ¡Ah! rebelado el hombre contra su Soberano Criador, ¿no era justo y consiguiente que hubiese tambien criaturas vengadoras, que

se rebelasen contra el hombre? Además, ¿qué necesidad cerrar de propósito los ojos para no ver las maravillas que resplandecen en todas las obras de Dios! Arrojemos una mirada rápida sobre este océano de milagros, dice un sabio, para elevarnos á su Autor por adoracion y reconocimiento.

“Si levantamos nuestros ojos al cielo, aunque no percibamos sino una pequeña parte de su extension, ofrece á nuestra vista una inmensa concavidad, que abraza al universo. Mas lo poco que vemos nos hace reconocer la magestad é infinita sabiduría del Arquitecto. La noche serena, por exemplo, sorprende con un sin número de astros mas de treinta y cinco mil veces mas extensos que el globo del sol, y muchos millones de veces mayores que la tierra, sin haberse apagado ni disminuido su esplendor en tantos siglos. Por esto dice el real Profeta que los cielos pu-

blican la gloria de Dios, y el firmamento anuncia las maravillas de su omnipotencia.”

Aun es mas agradable el espectáculo del dia. En el momento que el sol extiende sus rayos, todo el resplandor de las estrellas desaparece; y este soberbio pabellon que cubre la tierra aparece únicamente un cóncavo azul, que pierde totalmente sus adornos. El sol es gefe del dia y restaurador de la luz, que habiamos perdido mientras él iluminaba á nuestros antípodas. “Este hermoso luminar, dice un sabio, despierta y reanima á los hombres, los resucita, para decirlo así, de esta especie de muerte, en que la noche y el sueño los habia sumergido, haciéndolos recobrar sus fuerzas. Pone en seguida en movimiento las artes y el comercio; hace revivir y fecundiza toda la naturaleza, renovando asimismo los ejercicios del culto que se debe al Sér Supremo.

Se nos manifiesta , despues de haberlo anunciado la aurora , como un esposo que sale de su tálamo nupcial , adornado de sus mas ricos vestidos. Arrogante con su resplandor y sus ventajas , emprende con pasos de gigante su carrera , y nó hay persona sobre la faz del globo que no participe de los beneficios que derrama.”

¿Mas es por ventura el sol quien se produjo á sí mismo ; quien arregló sus movimientos ; quien ordenó las estaciones? Nada menos. Gracias al Padre de las luces que nos sacó de las tinieblas de la idolatría , y nos traxo al conocimiento de un solo y verdadero Dios , Padre , Hijo , y Espíritu Santo , Criador del cielo y de la tierra , y de todas las cosas visibles é invisibles. Gracias, repito, al Dios de magestad , que nos ha separado del peligro de idolatría. Pero la lástima inconsolable es, que en su lugar ha ocupado nuestro co-

razon el abominable vicio de la ingratitude , y en el de muchos el detestable de la incredulidad. El politeismo nos hacia adorar todas las cosas , hasta los mas viles insectos ; y la incredulidad nos conduce al ateismo. Cuando gentiles queriamos adorarle todo , y cuando cristianos queremos sacudir el yugo suave de la religion , y nada queremos adorar , por un prodigio de ingratitude.

¿Hay muchos por ventura que se juzguen felices al ver la multitud de bellezas que produjo el Criador para adorno del cielo y de la faz del universo? ¡Ah! ¡Qué dicha ver los campos cubiertos de plantas y de flores , casi todas diversas , inimitable cada una de ellas por los mas célebres artistas! Al ver la maravillosa construccion y la hermosura de estas flores , cuyo adorno no pudo imitar Salomon en toda su gloria , ¿no son un tosco texido y un grosero cilicio nuestras mas finas es-

tofas? ¿Quién al ver las bellezas que produce la tierra, elemento el mas grosero de la naturaleza, no comprehende ser todo ello obra de una sabiduria infinita? ¿Quién al ver esta multitud de árboles cargados de frutos, para alimento del pobre y regalo del rico, no eleva su mente para alabar al Criador y darle gracias por su inmensa y adorable bondad?

La mano benéfica que formó el universo se dignó aparecer inagotable á favor del hombre, queriéndolo colmar de riquezas y delicias. No quiso que su alimento fuesen únicamente las producciones de la tierra. Crió un nuevo género de seres, multiplicado infinitamente, para manifestacion de la incomprehensible sabiduria de su Autor, regalo y delicia del género humano. Produzcan las aguas, dixo Dios, animales vivientes que naden en ellas; y al eco de esta voz omnipotente na-

cen pueblos acuátiles, cuyo número, forma y propiedades son inexplicables, y cuya multiplicacion excede al guarismo. Pero no es esto lo mas, sino que en vez de encerrarse en los abismos del mar, vienen á cumplir los designios de la Providencia, presentándose en tropas por sí mismos al anzuelo y redes de los pescadores, para servir de alimento al hombre.

Ni es menos visible á favor de la humanidad el orden de la Providencia respecto de los animales que pueblan los aires y la tierra. No preguntemos, dice un sabio controversista, ¿por qué ha dispuesto Dios que los peces y las aves, cuya naturaleza y morada debian ser tan diferentes, tuvieran el mismo principio saliendo de las aguas? Nosotros no sabemos dar otra razon, sino su impenetrable voluntad. Mas parece convenia que el pueblo de los aires, manifiesto siempre á nuestros

ojos, estuviese dotado de mas grandes maravillas que el de los mares. Éste no se ve regularmente sino despues de su muerte. Pero el número de los volátiles y animales terrestres, de que usa el hombre para alimento y regalo, es corto en comparacion de los que el Criador nos ha puesto á la vista para excitar nuestra admiracion, y recordarnos su omnipotencia, su bondad, su sabiduria, y la perfeccion de sus obras."

Prescindo, por no dilatarme, de las maravillas que observamos en las varias repúblicas de los animales é insectos que pueblan la tierra y los aires. ¿Qué no podria decirnos de las hormigas, las abejas, del halcon, del gavián, de la astucia de las raposas, de los perros de caza, de la docilidad de las bestias de carga, de la dulzura tímida con que se dexan conducir, aun á la voz de un muchacho, de quien á

veces debian quejarse, como la jumenta de Balaam, si les fuera posible? ¿Qué grande, qué magnífico, qué inefable es Dios en sus obras! Si queremos inquirir la causa de tan admirables fenómenos, no hallaremos otra que la infinita sabiduria y benéfica providencia del Criador. Ensalzado y glorificado seas ¡ó mi Dios! ¿Cuán dignas son de alabanza y de nuestra gratitud vuestras obras! Todo lo habeis hecho sobre los modelos de vuestra infinita sabiduria. Todo dimana de vuestros inagotables tesoros. *¿Quàm magnificata sunt opera tua, Domine! Omnia in sapientia fecisti: impleta est terra possessione tua, animalia pusilla cum magnis.*

Aqui debia yo tratar con extension de las criaturas invisibles; es decir, de los santos ángeles, asi por la excelencia de su estado, como por las relaciones que tienen con nosotros. Mas los cortos límites de

una breve plática me impiden dar á la materia la extension de que es susceptible. Diré pues únicamente lo que baste para vuestra instruccion sobre punto tan interesante, y que mirais con tanta negligencia.

Estas supremas inteligencias ó espíritus celestiales, son llamados *ángeles* ó *enviados*, por haberse Dios servido de ellos en muchas ocasiones que nos refiere la escritura, para executar sus divinas voluntades. Vos, Señor, dice David, os servís de vuestros espíritus, como de embajadores ó nuncios, y los haceis llamar de fuego, en calidad de ministros. Pecó Adán; fue en pena arrojado del paraíso, y al instante se presentó un ángel con una espada de fuego para impedirle la entrada. Ángeles fueron los que incendiaron las nefandas ciudades de Pentápolis; ángeles los que degollaron en una noche á los primogénitos de Egipto; ángeles los que destruye-

ron los exércitos de Senacherib y de Benadab; ángeles los que destruyeron á Balaam en su marcha; ángeles los que castigaron la impiedad de Heliodoro, destinado á saquear los tesoros del templo &c. Ni son únicamente destinados como ministros de las venganzas del Señor, sino tambien como nuncios de sus misericordias.

Aquí vemos á un ángel que hace de parte de Dios las promesas mas magníficas al patriarca Abraham. Allí vemos un ángel que le promete en Sara, anciana y estéril, un hijo, ascendiente del Redentor del mundo, en quien serán benditas las naciones. Aquí vemos un ángel luchando con Jacob, al cual no suelta este patriarca hasta recibir su bendicion. Allí vemos presentarse al mismo multitud de ángeles, que subian y bajaban sin cesar por aquella misteriosa escala, que fixa sobre la tierra, se apoyaba en el cielo, para dar-

nos á entender que ellos son los ministros que llevan con frecuencia nuestras oraciones al trono de Dios, y descienden á executar sus designios. Aqui vemos á Tobías, acompañado de un ángel disfrazado, que lo conduce y reduce sano de una larga peregrinacion, y que le prepara medicina para que cure la ceguera de su padre. Alli vemos ángeles hablando con Moisés familiarmente; anunciando á Manué á Sanson de su muger estéril; á Zacarías el nacimiento del Bautista &c. Aqui vemos un ángel que anuncia á la purísima Virgen María la encarnacion del Verbo Eterno en sus entrañas por obra del Espíritu Santo; vemos ángeles que entonan su gloria al tiempo de su nacimiento en un establo; ángeles que le suministran alimento despues del rigoroso ayuno de cuarenta dias con sus noches; ángeles que lo confortan en la agonía; ángeles que anu-

cian su gloriosa resurreccion &c.

Ademas de estos ministerios, ingenioso Dios en sus misericordias á favor del hombre, nos señaló ángeles para nuestra custodia, como expresamente consta del salmo 90, en el cual el real Profeta, para animar al justo á que ponga toda su confianza en el Altísimo, le asegura que ha mandado el Señor á sus ángeles lo protejan en todos sus caminos; que lo lleven de la mano para que no tropiece con la piedra de la ofensa y del escándalo, y que marche sobre el áspid, sobre el basilisco y el leon, sobre el dragon sin miedo de sus mordeduras. Ha sido pues siempre un dogma asi en la ley antigua como en la nueva, que cada uno de los que adoran al verdadero Dios, tiene su ángel tutelar, encargado de velar sobre la conservacion no solo de su cuerpo, sino principalmente de su alma. Eternamente daré gracias al Señor, de-

cia Isaías, por las misericordias con que ha colmado á los escogidos de la casa de Israel.... En todas las aflicciones que les han sucedido, no solo ha venido á su socorro, sino que los ha salvado, por medio del ángel, de su rostro. Jesucristo, hablando de esta proteccion que ha encargado á sus ángeles, la extiende hasta los párvulos, cuyos ángeles, dice, ven siempre en el cielo el rostro de su Eterno Padre. Los padres de la Iglesia, apoyados en la tradicion de los apóstoles, sostienen, como doctrina universal, que todos los cristianos y hombres de bien tienen su ángel tutelar, que vela por su conservacion y su salud.

Oigamos entre otros padres á San Bernardo sobre la materia. Dios, dice este padre, ha encargado á sus ángeles el cuidado de vosotros. ¡Qué honor, qué muestra de amor! Considerad quién habla, á quiénes ha-

bla, de quién habla, y lo que piensa. Quien manda es el Criador de los ángeles, que no tienen otro deseo que cumplir su voluntad. A quienes manda es á los ángeles; estos espíritus sublimes, solo inferiores á Dios por naturaleza, que gozan íntimamente de su divina presencia, que estan absortos en ella, y seguros de no caer jamas de la felicidad de su estado. A estos hace mensajeros y executores de sus órdenes. ¿Qué no debeis pues esperar de ellos, habiéndoles confiado el Señor la custodia de vuestras personas?

“Mas, ¡ó Dios! añade este padre, ¿quién es el hombre, para acordaros de él tan favorablemente? ¿Es otra cosa en vuestra presencia, que ceniza y corrupcion....? En atencion pues á que Dios ha mandado á sus ángeles que esten cerca de nosotros para velar sobre nuestra salud, ¿con qué respeto,

con qué modestia no debemos estar en su presencia? ¿Qué sentimientos de gratitud no deben inspirarnos sus beneficios? ¿De qué confianza no debe llenarnos su protección? No olvideis pues jamás en vuestras obras y palabras, en secreto y en público, que estais en presencia de un espíritu celestial, dotado de la mas alta pureza; ni hagais delante de él lo que no osariais delante de un hombre de bien. Oidle, obedecedle, y contad con el efecto de su benevolencia. Como os llevará por la mano, no permitirá seais tentados sobre vuestras fuerzas. Si procuran seduciros algunos espíritus falaces, el mundo, la carne y la sangre, implorad el socorro de los ángeles, que no tardaréis en experimentar." Alabad finalmente, y bendecid, os ruego, á este Criador de todas las cosas visibles é invisibles, que todo lo ordenó á beneficio vuestro, y que solo os pide

en recompensa el corazón. Amadle pues en espíritu y verdad, y obtendreis la felicidad eterna, que os deseo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amen.